

No tan pérfidos

Posted on 1 de abril de 1997 by Juan Avilés Farré

Sus blancos acantilados calcáreos son, ahora como hace dos mil años, la primera imagen que de Gran Bretaña percibe el viajero que cruza en barco el canal de la Mancha. Ese fue el motivo de que aquella isla recibiera la denominación latina de Albión, pero que Albión fuera pérfida se supo después. Al parecer fue un francés del siglo XVIII, lleno de furor patriótico contra la multiseccular enemiga de Francia, quien primero se refirió a ella como *la perfide Albion*. Y esa expresión, como tantas otras francesas, se tradujo pronto con éxito en España, un país que desde la Armada Invencible en adelante había tenido también una larga sucesión de enfrentamientos con los británicos. A lo largo del siglo XIX la historia de España que entonces se estudiaba en las escuelas perpetuó el recuerdo de pasados agravios y la oscura silueta de Gibraltar, recortándose en el cielo andaluz, los mantuvo vivos.

Así es que, cuando la I Guerra Mundial levantó en España una ruidosa polémica entre germanófilos y aliadófilos, pudo comprobarse la escasa popularidad de que Gran Bretaña gozaba en nuestro país. No faltaron germanófilos que expresaran su condescendencia hacia *la pobre Francia* y reservaran su mayor hostilidad hacia Gran Bretaña, y tampoco faltaron aliadófilos que reservaran todo su entusiasmo para Francia, patria de la revolución, y olvidaran discretamente a aquélla. Luego la perfidia británica tuvo ocasión de manifestarse durante la guerra civil española, a través de la gran farsa de la no intervención. Este acuerdo, por el que los estados europeos se comprometieron a no suministrar armas a ninguno de los contendientes españoles, surgió de una iniciativa francesa, pero esto es algo a lo que apenas se prestó atención. El comité de no intervención tuvo su sede en Londres y fue el gobierno británico el que más se esforzó en que el acuerdo siguiera formalmente en vigor, a pesar de que Italia, Alemania y la Unión Soviética lo violaban abiertamente.

Varios testimonios, que cita Moradiellos, muestran cómo el ímprobo esfuerzo diplomático que el gobierno británico realizó para mantener el tinglado de aquella farsa no le fue agradecido por ninguno de los dos bandos españoles. Los republicanos consideraron infame que se privara al gobierno legítimo de España de su derecho a adquirir las armas necesarias para reprimir una rebelión, mientras que se empleaban todo tipo de maniobras dilatorias para no abordar el hecho evidente de la masiva ayuda en armas y hombres que los rebeldes estaban recibiendo de la Italia fascista y la Alemania nazi. Pero, a su vez, quienes se habían alzado en armas contra la República no podían comprender cómo el gobierno conservador británico, lejos de colaborar en su cruzada anticomunista, se esforzaba en impedir que se les reconocieran internacionalmente los derechos de beligerancia. Esos derechos, que nunca

fueron reconocidos a ninguno de los dos bandos, habrían permitido a la marina insurgente interceptar en alta mar a los buques mercantes, muchos de bandera británica, que proporcionaban a la República una parte crucial de sus suministros no bélicos. Sin embargo, Pedro Sainz Rodríguez, que fue ministro de Franco durante la guerra civil, expresó en sus memorias la convicción de que si ellos habían ganado, la razón fundamental había sido *la actitud diplomática de Inglaterra, que se opuso a una intervención en España*.

Bastantes historiadores han investigado en qué medida fue cierto esto último, pero ningún estudio anterior había abordado la cuestión con la exhaustividad del libro que nos ocupa. Enrique Moradiellos, actualmente profesor en la Universidad de Extremadura y que antes lo fue en la Universidad de Londres, ha trabajado intensamente en esa mina que es el archivo público de Kew, un amplio edificio en las cercanías de Londres en el que se hallan documentadas las más íntimas discusiones entre los responsables de la política británica. Junto a esa fuente fundamental ha recurrido a los archivos españoles, por desgracia no tan ricos, y a las colecciones de documentos diplomáticos publicadas por Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia y Portugal, además de consultar una amplísima bibliografía, fundamentalmente británica. El rigor de su trabajo es realmente notable y debo decir que sólo he localizado un error de hecho, que se refiere al caso de Julian Bell, un joven poeta británico, sobrino de Virginia Wolf, que halló la muerte al servicio de la República española. Bell no sirvió en las Brigadas Internacionales, como afirma Moradiellos (pág. 108), sino que lo hizo en una unidad médica cuya tarea era exclusivamente humanitaria. Según sus biógrafos, si Bell no se incorporó a las Brigadas fue en parte por deferencia a los sentimientos pacifistas de su madre.

La extensión del libro, 371 páginas de texto, quizá lleve a algún lector a reprochar a su autor falta de concisión, pero si se conoce la documentación en que se basa hay que reconocer que el esfuerzo de síntesis realizado por Moradiellos ha sido notable. Presenta una completa exposición no sólo de cuál fue la política del gobierno británico respecto al conflicto español, sino también de cuáles fueron las motivaciones de fondo, no siempre expuestas públicamente, en que se basó. Éstas pueden resumirse en pocas palabras. El gobierno de Londres, presidido al comienzo de la guerra por el conservador Stanley Baldwin y luego por su correligionario Neville Chamberlain, no deseaba verse arrastrado a una guerra, en lo cual coincidía plenamente con el sentir del pueblo británico. Era plenamente consciente de que, si la guerra finalmente se producía, no disponía de los recursos necesarios para enfrentarse a la vez a tres potenciales enemigos como eran Alemania, Italia y Japón (sin el respaldo, por cierto, de los Estados Unidos, entregados a una política de aislamiento internacional que debilitó dramáticamente a las democracias occidentales). Y por último percibía un peligro en la amenaza revolucionaria del comunismo, por lo que no estaba dispuesto a aliarse a la Unión

Soviética en una guerra contra las potencias fascistas, que pudiera conducir a un triunfo comunista en Europa central. Al poco de comenzar la guerra española, Baldwin le dio al secretario de Asuntos Exteriores Anthony Eden una recomendación fundamental: que de ningún modo les hiciese entrar en lucha al lado de los rusos.

De las tres premisas citadas surgió una política, la de apaciguamiento, que consistió en evitar la guerra mediante concesiones a las potencias fascistas. Es sabido que dicha política no funcionó. El sacrificio de la República española y de Checoslovaquia no bastó para satisfacer a los dictadores fascistas y, tras la agresión de Hitler contra Polonia, los gobiernos británico y francés declararon la guerra a Alemania. Luego, tras la invasión alemana de la Unión Soviética, Gran Bretaña se encontró aliada a ésta y la II Guerra Mundial terminó con las tropas soviéticas en el Elba, lo que representaba la realización de uno de los peligros que inicialmente se había tratado de evitar. No es, pues, extraño que la palabra apaciguamiento suene mal desde entonces, pero cabe recordar que el hecho de que una política termine fracasando no implica que fuera insensata desde un principio. En defensa de Chamberlain pudiera decirse, aunque sospecho que Moradiellos no estaría de acuerdo, que su intento de apaciguar a Hitler, al margen de ganar un tiempo que fue muy efectivamente empleado en el rearme, hizo que el pueblo británico entrara en la guerra con una convicción y una solidaridad que serían fundamentales en los sombríos momentos de la derrota francesa. El amplio pacifismo cedió ante el convencimiento de que con Hitler no cabía más argumento que la fuerza e incluso los conservadores que más favorables se habían manifestado a Franco durante la guerra española fueron unánimes en su voluntad de vencer a la Alemania nazi en la contienda mundial (como pudo comprobar muy bien el duque de Alba, embajador español en Londres durante esos años).

Como acertadamente indica Moradiellos, la política británica hacia la guerra de España constituyó un aspecto de la política general de apaciguamiento y estuvo condicionada por una percepción fundamental, la de que el gobierno republicano había perdido el control sobre su territorio, mientras que las milicias obreras, que supuestamente defendían la República, estaban movidas por propósitos netamente revolucionarios. Una percepción que, aunque Moradiellos no insiste en ello, tenía un considerable fundamento real. Y frente a esa revolución en marcha, los gobernantes de Londres veían con mejores ojos el probable triunfo de un alzamiento militar que suponían conduciría a una dictadura conservadora, la cual no entrañaría peligro alguno para los intereses británicos. Para la defensa de éstos contaban además con un arma que les merecía una gran confianza: el importante papel de Gran Bretaña como mercado para las exportaciones españolas y el interés que el gobierno español tendría en el futuro por los créditos británicos necesarios para la reconstrucción de su país.

Desde esa perspectiva, el comité de no intervención no resultaba útil tanto porque pudiera

evitar que uno y otro bando recibieran ayuda extranjera, que no lo evitó, como para impedir la generalización del conflicto. Más concretamente, Gran Bretaña lo utilizó como instrumento para que Francia no se lanzara a una intervención en España que pudiera conducirla a una guerra con Italia y Alemania. En realidad, la mayor contribución del gobierno británico a la victoria de Franco consistió en su continua influencia sobre los sucesivos gobiernos franceses para que no corrieran peligro con su apoyo a la República española, aunque debe recordarse que esa influencia resultó eficaz porque a su vez había numerosos factores internos que impulsaban a Francia hacia la no intervención. Por otra parte, la masiva intervención italiana terminó por hacer dudar a algunos dirigentes británicos acerca de la corrección de su política española. El mismo Anthony Eden, uno de los principales responsables de su formulación inicial, dimitió de su cargo en febrero de 1938, al ser rechazada su política de mayor firmeza frente a Italia. Chamberlain, por el contrario, siguió fiel hasta el final de la guerra española a la política de apaciguamiento.

En sus conclusiones Moradiellos insiste en que la política británica hacia España resultó en gran medida un fracaso, pues Franco tras su victoria se orientó hacia el Eje, muy especialmente a partir de la derrota de Francia, momento en que estuvo muy cerca de entrar en guerra contra Gran Bretaña. Cabe matizar, sin embargo, que no fue un fracaso total, porque de hecho el dictador español no entró en guerra y su política, que fue muy benévola hacia Alemania durante un par de años, sólo perjudicó en pequeña medida a los aliados. Queda para el lector el juicio moral que se halla implícito en el título del libro. ¿Fue pérfida la política británica hacia España? Nuestro juicio difícilmente será tan duro. Con aciertos y errores, la política de Baldwin y Chamberlain estuvo dirigida a defender los intereses de Gran Bretaña y sobre todo a librarla de una guerra europea, que luego no se pudo evitar. Perfidias, las hay mayores.

Autor: ENRIQUE MORADIELLOS

Edición: Siglo XXI, Madrid, 1996

Páginas: 432 págs.

Título: La perfidia de Albión: el gobierno británico y la guerra civil española